

Una modalidad no traumática de la memoria*

NÉSTOR BRAUNSTEIN**

Universidad Nacional Autónoma de México

Fundación Mexicana de Psicoanálisis, México D. F., México

Una modalidad no traumática de la memoria

Une modalité non traumatique de la mémoire

A Non-traumatic Modality of Memory



* Este artículo corresponde a un avance inédito del primer capítulo del libro que el autor proyecta publicar bajo el título *La nostalgia, el otro polo de la memoria*, que hace parte de una serie sobre la memoria, de la cual han sido publicados por Siglo XXI: *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia* (2008), del que publicó un avance, para entonces inédito, en *Desde el Jardín de Freud*, n.º 11, 2011; *Diálogo sobre la nostalgia en psicoanálisis*; *La memoria, la inventora* (2008) y *La memoria del uno y la memoria del Otro. Inconsciente e historia* (2012).

** e-mail: nestor.braunstein@gmail.com

© Ilustraciones: Lorenzo Jaramillo

La idea de traumatismo, procedente del discurso médico, es central en la construcción del pensamiento de Freud y de la teoría y la práctica del psicoanálisis. El traumatismo es una barrera que pone distancia en relación con un tiempo que le es anterior y que se reconstruye después de él. Ese tiempo anterior es objeto de una reconstrucción de la memoria y lo más posible es que nunca haya existido. Sin embargo, se le añora. Esa es la nostalgia, un estado considerado como enfermedad entre el siglo XVII y hasta finales del XIX, olvidado e incluso menospreciado en el siglo XX, que hoy reaparece en la clínica de las depresiones y en los trastornos, muchas veces graves, de quienes se ven obligados al destierro. Otro polo de la memoria traumática.

Palabras clave: depresión, memoria, nostalgia, ominoso, traumatismo.

L'idée de traumatisme, issue du discours médical, est indispensable dans la construction de la pensée de Freud et de la théorie et la pratique de la psychanalyse. Le traumatisme est une barrière qui introduit une distance par rapport à un temps antérieur et qui se reconstruit après lui. Ce temps antérieur est l'objet d'une reconstruction de la mémoire et il est fort possible qu'il n'ait jamais existé. Pourtant on en a le regret. La nostalgie est un état qui, au XVII^{ème} et même jusqu'à la fin du XIX^{ème}, était vu comme une maladie; oubliée et méprisée au XX^{ème}, elle réapparaît dans la clinique des dépressions et dans des troubles parfois de gravité de ceux qui sont obligés à l'exil. En voilà un autre pivot de la mémoire traumatique.

Mots-clés : dépression, mémoire, nostalgie, inquiétante étrangeté, traumatisme.

The idea of trauma, coming from the medical discourse, is central to the construction of the thought of Freud and the theory and practice of psychoanalysis. Trauma is a barrier that puts distance with respect to a time that is earlier to it and which is reconstructed after it. That earlier time is the object of reconstruction of memory and the chances are that it never existed. However, the subject yearns for it. That's nostalgia, a condition which was considered to be a disease between the seventeenth century and the end of the nineteenth century; in the twentieth century, it was forgotten and even despised; and today, it reappears in the clinical depression and disorders, often serious, of those who are forced into exile. This is another pole of traumatic memory.

Keywords: depression, memory, nostalgia, uncanny, trauma.

En nuestra azarosa y a la vez prolija búsqueda por los caminos de la memoria hemos tropezado con sugerentes paradojas: nos produce extrañeza sentir con frecuencia, como si se tratase de un rasgo general que, nosotros, al igual que los autores que estudiamos, nos obsequiamos con dulces goces en los momentos del recuerdo doloroso. Por otra parte, paladeamos un sabor amargo, como un regusto biliar, que corre aparejado con muchos recuerdos placenteros. Debemos detenernos en estas vivencias que exhiben una llamativa discordancia entre el contenido de la memoria y el afecto que nos inspira en cuanto somos memoriosos. ¿Quién no ha sentido un sobresalto al constatar en sí mismo y en sus semejantes que hay complacencia en el dolor y en el sufrimiento en el placer de recordar?

Ni falta hace ser psicoanalista, poeta, científico o historiador. La simple fenomenología de la conciencia, el recurso a la experiencia de cada uno, enseña que en muchos aspectos, si no en todos, la memoria viene a nosotros con una aureola de pesadumbre.

Cuando el recuerdo es de algo que en su momento fue dulce y grato, se siente pena porque aquel pasado es, hoy y para siempre irrecuperable. El episodio nos llega desteñido en el momento de evocarlo: la rememoración actual es débil en comparación con lo vivido y por eso el azúcar de las sonrisas se divide por el agridulce aroma de la nostalgia; el recuerdo es un mezquino embajador del pasado... y lo sabemos. ¡Qué no daríamos por la repetición de aquellos momentos! ¡Qué felices fuimos entonces!

Si es de algo que en su momento fue ingrato, hay amargura y dolor porque la memoria rebota en los sitios más vulnerables del ser, reavivando, aunque sea de modo atenuado, el antiguo pesar. La sal de las lágrimas es vinagre cayendo sobre las llagas del recuerdo. ¡Qué cosas nos han pasado! ¡Qué no daríamos por borrar las tristes cicatrices que desfiguran los ideales que fueron los nuestros!

Si la memoria se pierde, se van con ella fragmentos de sustancia vital y deploramos los recuerdos que intuimos que ya no están a nuestra disposición y se fueron para no volver... a menos que alguien nos diga: "¿Te acuerdas de cuando tú...?"... y la memoria nos contesta con un agujero negro y ciego. Ningún destino parece tan



atroz como esa muerte en vida a la que damos un nombre propio: Alzheimer. El hombre olvida pero no se olvida de haber olvidado; los recuerdos irrecuperables son lastimaduras y perforaciones en la continuidad del ser. Cuando se conserva, la memoria es, con harta frecuencia, un cuerpo extraño, incrustado en las carnes del alma, que pide ser atendido como un enfermo, rodeado de cuidados, aseado y encapsulado para que no extienda su infección al resto del organismo anímico... a tal punto que uno clama por el olvido. Una barrera de linfocitos y otros glóbulos defensivos debe formarse alrededor del recuerdo angustiante para neutralizar sus toxinas. La reacción contra la infección del pasado doloroso se acompaña de fiebre y penurias. Debemos resignarnos: la memoria es un archipiélago de islotes en el océano del olvido a pesar de los deseos románticos, los de Freud incluso, de que lo vivido se conserve en algún lugar, en el inconsciente, y que siguen transitables las huellas de acceso.

Milenario es el hábito y poderosa la industria de los *hypomnemata*, de las notas y los registros externos al ser y a las colectividades que almacenan el registro de lo sucedido, desde las muescas en una mandíbula para indicar las presas cobradas por el cavernícola cazador hasta las prodigiosas e infinitas retentivas de internet. Esos *hypomnemata*: jeroglíficos, libros, fotos, discos, videos, templos, casas, ruinas son memoriales de algo que sucedió y ya no está: escrituras. Por ello van siempre contaminados por el duelo y son señales en el camino hacia la extinción del ser viviente. Cuando Freud propone que la pulsión de muerte es una fuerza silenciosa e irresistible que tiende a regresar a un estadio anterior, a lo inanimado e inorgánico, entendemos el sentido de su conjetura y la base material de su idea. Lo que está muerto hoy sigue su vida pero como inscripción: algo que estuvo vivo y ha dejado de serlo. Ya no tendríamos acceso a ese pasado si no se hubiese conservado alguna clase de registro. El documento, en sentido amplio, viene a suplantar a la vida. Las exangües escrituras son el destino que nos espera, lo que llegaremos a ser, huellas de pasos en *Holzwege*, en senderos de madera que no llevan a ninguna parte. Pocos y extremos ejemplos de esa persistencia, de ese duro deseo de durar: la mutación exitosa que permite la sobrevivencia del más apto y se inscribe en el ADN de los descendientes, el pie de viernes en la playa, los cementerios y las acumulaciones de basura, los museos, el registro de todas las llamadas telefónicas que se hacen en el mundo y se guardan en la insondable memoria de la red. El exponente más rotundo es el paso de una sonrisa o una lágrima a la fotografía o al video. Cada día es más evidente que el mundo humano, lenguajero, acabará por ser encajonado en los archivos digitalizados y que, cuando todo haya perecido, los archivos permanecerán... aun cuando falte alguien para consultarlos. ¿No es ese el destino de todo lo viviente, pasar del murmullo y el alboroto al silencio de las escrituras, osamentas y grabaciones? Antes se enterraban los cuerpos y encima

se ponía una lápida. La tecnología ha producido nuevos métodos para embalsamar al occiso: la inscripción de sus pasos, palabras, ínfimas o supremas acciones, en el lenguaje binario que no necesita de traducciones. “Todo verdor perecerá”... y se transformará en información digitalizada que no sabe ni puede gozar de la vida. Volvamos al punto de partida: la tristeza infiltra a la memoria, esa memoria que nace con el espanto cuando, al amanecer, canta un gallo.

En su momento hemos impugnado¹ la sospechosa facilidad del concepto de *traumatismo*, tomado del discurso médico, en torno al cual se levantó el edificio clínico y conceptual del psicoanálisis. Ahora podemos interrogar, aunque la pregunta parezca tautológica: ¿Por qué es enfermante el mentado y comentado “traumatismo psíquico” tal como lo entienden el vocabulario y la ideología corriente? Digámoslo de golpe y con fuerza: porque instaura una discontinuidad en la vida, es decir, en la memoria de la vida. Hay un antes y un después de ese desventurado momento; a partir de él uno es *sobreviviente*. El traumatismo es lo irreversible; eso que no puede no haber sucedido, el palo dado por un dios de maldad que destruye la creencia en la sucesión cronológica y homogénea de los días: un desgarrón en el lienzo del tiempo. Después del acontecimiento hiriente es imposible suturar la memoria y regresar al estado anterior, anulando lo sucedido, como pretenden hacerlo los obsesivos que siempre fracasan en el intento². ¿Era pleno, era satisfactorio, era feliz, ese tiempo del estadio anterior? ¿Quién podría asegurarlo? Lo innegable es que era diferente y se le añora, se le considera preferible a la vida que siguió, cuando uno debió cargar con las cicatrices del episodio. Recordemos que una de las consecuencias del traumatismo es la invención retroactiva de un estado previo a él —tal como, muy posiblemente, nunca existió— que es la esencia misma de esta nostalgia que nos tiene ahora escribiendo de ella, perpetuándola. En nuestra reconstrucción autobiográfica, la de cada uno, creamos la consoladora fantasía de que aún no se había perdido ese estado ilusorio de perfección que fue interrumpido por el funesto e inaceptable acontecimiento que dejó cicatrices en el alma. El traumatismo es quizás, más que el acontecimiento en sí, el episodio que desvanece una ilusoria felicidad previa y marca la imposibilidad del regreso. El tiempo anterior queda definido para siempre como prelapsario. El mito de la caída es universal: haber sido expulsado del Paraíso y encontrar al ángel con la espada flamígera en el intento de retornar a él es el destino de todo ser humano. El destierro, el éxodo individual y colectivo, el castigo por no haber sabido conservar la inocencia. La condena y la sentencia son irrevocables: hay que vivir en el exilio, mirando hacia atrás, lamentando lo que falta y arrepintiéndose por la falta cometida —¿hubo alguna vez falta o pecado?— ¿Hubo alguna vez algo que no fuese una falta?

1. Véase Néstor Braunstein, *La memoria del uno y la memoria del Otro. Inconsciente e historia* (México: Siglo XXI, 2012), 80 y ss.

2. “Si no hubiese sido porque...”, “si yo hubiese...”, *counterfactual thinking*, según una intraducible expresión.

¿Qué debía haberse hecho para que no sucediese? Del traumatismo el ser emerge siempre culpable: por acción o por omisión.

La nostalgia es el anhelo que brota cuando el presente no está a la altura del pasado, cuando lo desdice (*versagt*). Es la consecuencia de acontecimientos que fatal, ineluctablemente, han sucedido y a los que se da el equívoco nombre de “traumatismos”: haber nacido, tener que hablar para ser reconocido, someterse a la gramática y a la sintaxis, saber de la muerte, aceptar autoridades y reglamentos, etc. En una palabra: renunciar al goce (*Triebverzicht*). La nostalgia, anhelo de regresar al pasado, es uno de los muchos efectos de la renuncia pulsional.

En todo sujeto hablante, en cada uno de nosotros, coexisten tendencias contrapuestas y no complementarias. Por un lado, la de la conciencia: nos sabemos históricos, sometidos a vaivenes y contingencias que nos llevan a ser lo que creemos ser y lo que en realidad somos, abiertos a la cultura, dotados de un pasado y un porvenir, perfectibles, capaces de imaginar un sentido para los días que hemos vivido y los que nos restan por vivir, mortales y mortificados (o esperanzados) por la idea anticipada de la muerte. Por el otro lado, en el fondo, pervive en nosotros una idea “adámica”, una mentalidad arraigada en el inconsciente que resiste a la historia y a la ordenación cronológica y que se rebela contra la sucesión de las edades que acaba en un momento postrero. En el inconsciente, ya lo sabemos, no existen ni el tiempo ni la muerte. He ahí el fundamento nostálgico del consuelo ofrecido por las religiones que alientan la fábula de que uno pasa por la vida como un puente que va, desde un paraíso prenatal que jamás existió, a otro fabricado paraíso ultraterreno. La grata fantasía de que es posible archivar las leyes de la naturaleza y desmentir así el maldito reconocimiento de la transitoriedad de la vida. Como decía alguien: “Mientras esté vivo seguiré sin creer en la muerte”.

Valen quizás las metáforas arraigadas en la vida familiar: llevaríamos dos vidas paralelas, una regida por el lenguaje que es diacrónico y de la que cabría pensar que es gobernada por los significantes del padre en la realidad del mundo, “de las cosas”, y otra vida que nos inventamos como anterior a la palabra, donde todo es un permanente presente, una sincronía en la que el tiempo está abolido y donde la madre eterna, universal, se convierte en el objeto de una insanable nostalgia. Entre esas dos vidas hay una línea de corte: fin de la existencia paradisiaca y comienzo de la vida histórica. Ese es el “traumatismo” —imposible de recordar— que funda la existencia de cada sujeto en el mundo de la cultura y al que nadie, por razones estructurales y no anecdóticas, puede escapar. La Cosa como tal, *das Ding* de Freud que retomó Lacan, reducto del goce anterior a la palabra, el soñado retorno a la madre y al paraíso, están vedados para el ser que habla. No hay modistos que sepan cómo coser los cordones umbilicales.



Regresar a un tiempo anterior, adámico, es el modelo de todo deseo, la matriz de todos los sueños, la recta vía extraviada (*di nostra vita mi ritrovai per una selva oscura dove la diritta via era smarrita*)³ de todo pensamiento. El desamparo que marca los comienzos de la vida, el desastre vislumbrado por Blanchot⁴, engendra la nostalgia, el anhelo de un imposible retorno a un pasado que se aleja tanto más cuanto más nos esforcemos por recuperarlo y acercarnos a él. El traumatismo (¿de cuál nacimiento?) es una herida insecable, un corte que inaugura la precaria continuidad vital. La nostalgia tiene como objeto y como causa del deseo a la piel tal como era antes del golpe, a la suave y tersa superficie sin rasguños ni raspaduras. ¿Era piel rosada y maravillosa? El portador de la cicatriz se inclina a pensar que sí; su memoria engendra un pasado de bienaventuranza y acaba por magnificar el impacto de ese momento en que la vida del Uno se interrumpió y debió volver a empezar en los hostiles países del Otro, perdidos para siempre los terruños natales del Uno ileso. Así se construyen la patria (*Heimat*), el hogar (*Heim*), el secreto (*Geheimnis*). Habrá que recurrir a los consuelos y toda sociedad los ofrece; habrá que pensar en la cultura en el más amplio de los sentidos como conjunto de invenciones (letras, casas, pinturas, maquillajes, religiones, objetos técnicos) que marcan el paso por la vida: “Una de las funciones del arte es la de legar un imaginario ayer a la memoria de los hombres”⁵.

Dos polos tiene la memoria y por eso hemos distinguido dos modalidades, “falsificadas” las dos, con respecto a un pasado irrecuperable por la marcha unidireccional del tiempo: el *traumatismo* y la *nostalgia*. Si tanto se ha hablado del primero en psicoanálisis, poco es lo que los exploradores del inconsciente nos hemos ocupado de la segunda. En sus senderos, pobremente transitados, nos arriesgaremos.

Por *nostalgia* entendemos la evocación, muchas veces inconsciente, de una dicha pasada e irrecuperable que aflige a la persona con un dolor que pocas veces encuentra anodinos o paliativos. *Traumatismo*, en cambio, es el episodio al que se atribuye la expulsión de ese jardín del Edén al que se anhela volver. El traumatismo llama a la nostalgia, la instituye como su precedente. Trauma no es un episodio que se recuerda sino algo terrible que no puede no haber ocurrido puesto que el regreso al idílico estado anterior está prohibido; es por el traumatismo que el estadio previo (mítico) se convierte en un *desideratum*. La nostalgia, su consecuencia, es la pesadumbre por el destierro, un efecto retroactivo (*nachträglich*) de la pérdida de la legendaria inocencia en el impecable paraíso de los orígenes. El *traumatismo* de haber nacido y la *nostalgia* de la matriz son las dos caras de la misma medalla de la representación fantasmal, fantasmática, que nos hacemos de nuestro pasado. Del más remoto.

Desde que nació, la palabra *nostalgia* nos engaña: parece ser de origen helénico pero no lo es. “Es un vocablo latino construido a partir de dos raíces griegas, *algos*, dolor

3. “A mitad del camino de la vida / Yo me encontraba en una selva oscura, / Con la senda derecha ya perdida”. Dante, “Canto Primero, Infierno”, en *Divina Comedia* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1977), 51.

4. Véase Maurice Blanchot, *L'écriture du désastre* (Paris: Gallimard, 1976).

5. Jorge Luis Borges, “Prólogos con un prólogo de prólogos” (1962), en *Obras completas vol. IV* (Buenos Aires: Emecé, 1996), 88.

y nostos, retorno”⁶. Fue inventada en 1688 por un joven estudiante de medicina, Jean Hofer, nacido en Francia, que dejó —¿con dolor y con ganas de regresar a ella?— su ciudad natal de Mulhouse y se doctoró a los 19 años en Basilea, Suiza, con una tesis titulada *Nostalgia* (νοσταλγία) ODER (o) HEIMWEH, es decir, mal del país. La palabra alemana *Heimweh* condensa los dos vocablos: dolor (*Weh*) y hogar (*Heim*). El joven Hofer ilustra su escrito con la descripción clínica de dos casos ejemplares que le servían como referencias: los de un estudiante y de una campesina alejados de su tierra de origen y forzados por las circunstancias a vivir en Basilea; ambos se curaron de la profunda tristeza que los puso al borde de la muerte, con el solo hecho de ser devueltos al país natal.

La palabra alemana *Heimweh*, por cierto, ya figuraba en el lenguaje corriente, se usaba desde siglos anteriores al XVIII en la lengua de los habitantes del país rural, concretamente los de la Suiza teutónica. El joven Hofer fue el oportuno y sagaz redactor de una versión médica del saber folclórico sobre la *añoranza*, a la que transformó en objeto de la ciencia médica gracias al artilugio de una palabra bien escogida. Él bautizó con significante griego a un sentimiento conocido por todo el mundo y tan extendido que no hay pueblo que no tenga un equivalente para nombrarlo: *mal du pays* o *avoir le cafard* en Francia, *homesickness* en Inglaterra, *stesk* en checo⁷, *saudade* en portugués, *añoranza* o *anyoransa* en español y catalán; la lista podría extenderse largamente. La innovación lingüística del estudiante franco-suizo tuvo un éxito espectacular y el diagnóstico de nostalgia fue usado sin necesidad de explicaciones durante dos siglos por los galenos de Europa entera. Era el modelo de una afección psíquica cuya causa residía en la vida de la persona en lugares y paisajes extraños: era la primera “enfermedad mental” para la que no cabía imaginar una etiología orgánica, pues era evidente, tanto por el desencadenamiento como por la curación, que sus motivos eran de orden psicológico. Hacia 1800 se la definía como “la enfermedad que acosa a un ser sensible a medida que se aleja de todo lo que más quiere en el mundo”⁸. Su condición necesaria era que existiesen, a la vez, el deseo de volver y la imposibilidad de hacerlo. Si de algo sufría el nostálgico era de reminiscencias. Una fórmula conocida para emparentar nostalgia e histeria.

Al concluir el siglo XIX, tal vez por la promoción misma de la histeria y de la neurastenia, la nostalgia cambió de condición, pasó del lenguaje médico a la literatura y se transformó en un sentimiento no necesariamente vinculado al país del que uno debió ausentarse sino a lo que ha quedado atrás en el tiempo y es imposible volver. Doble sentido, pues, espacial y temporal. ¿Desapareció la nostalgia de la vista del médico al entrar en el siglo veinte? Puede que sí; ya no existe la palabra en las taxonomías psiquiátricas, no tiene aire para respirar en el DSM-V, pero, es evidente, no se terminó

6. André Bolzinger, *Histoire de la nostalgie* (Paris: Campagne Première, 2007), 7. Este texto erudito y bien articulado nos acompañará en la primera parte de nuestro recorrido.
7. Milan Kundera, autor de reflexiones perspicaces sobre la nostalgia y la añoranza a las que habremos de volver, en *El libro de la risa y el olvido* (Barcelona: Seix Barral, 1993), recurre a otra palabra de su lengua que se vincula con *stesk*. *Litost* es una palabra checa que —según dice y debemos creerle— no tiene traducción. *Litost* sería el dolor producido por la visión avergonzada de la propia miseria; una mezcla de tristeza, autocompasión, nostalgia, humillación, una impugnación del universal narcisismo. El reconocimiento pesaroso de que uno no es ni quien querría ser ni quien querría que el otro viese.
8. J. A. Puel [1822], citado por Bolzinger, *Histoire de la nostalgie*, 201.

9. El salmo 137 es uno de los textos más terribles que conocemos. En su texto parecen justificarse el odio y los impulsos de venganza de la nostálgica víctima desterrada. Es habitual que se citen solo los primeros versículos y son pocos los que recuerdan el final: 1 Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion. / 2 Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. / 3 Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, / Y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: “Cantadnos algunos de los cánticos de Sion”. / 4 ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños? / 5 Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. / 6 Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría. / 7 Oh Jehová, recuerda contra los hijos de Edom el día de Jerusalén, cuando decían: “Arrasadla, arrasadla / Hasta los cimientos”. / 8 Hija de Babilonia la desolada, bienaventurado el que te diere el pago de lo que tú nos hiciste. / 9 Dichoso el que tomare y estrellare tus niños contra la peña. En inglés: *Happy shall he be, that taketh and dasheth thy little ones against the rock.*

10. Blas Matamoros, “Una teoría del héroe”, en Néstor Braunstein, *El lenguaje y el inconsciente freudiano* (México: Siglo XXI, 1982), 305-333.

11. Milan Kundera, *La ignorancia* (México: Tusquets, 2000), 12. Traducción de B. de Moura.

con el concepto de la “enfermedad” que fue rebautizada como “depresión” y es hoy alimentada con distintos fármacos que se confabulan, pretendiendo robustecer el estado de ánimo y hacer olvidar los contra-tiempos y los contra-espacios, los des-tiempos.

Del exuberante historial documentado de la “nostalgia” antes del siglo XVII convendría destacar su origen previo a cualquier registro histórico y rastrearla en la leyenda de los judíos alejados de Palestina por el bíblico —ya que no histórico— éxodo a Egipto, la esclavitud en Babilonia⁹ o la muy discutida diáspora de los últimos 2000 años con su fórmula proverbial del deseo: “El año que viene en Jerusalén”. La nostalgia, poéticamente descrita, es el móvil de una de las obras fundantes de la literatura occidental, paradigma del relato, con el héroe homérico, Ulises, príncipe y señor de los nostálgicos, Penélope, la que teje y desteje mientras aguarda el regreso del esposo ausente, Telémaco, el hijo que parte en su búsqueda. La literatura del exilio, a partir de *La odisea*, es infinita y su fortuna poética inconmensurable. El héroe narrativo por excelencia, el de los mitos, epopeyas, novelas, cuentos populares, películas, dramas, es quien parte a la busca de aventuras para cambiar un destino rutinario, alcanza fama y nombradía en el extranjero y regresa a la patria donde se le espera. A veces es Edipo, expulsado al nacer y llevado por una oscura compulsión a regresar a su Tebas natal. Otras veces se presenta con el rostro del antihéroe, el hijo pródigo, libertino y soberbio, que, de todos modos, cuando estalla la crisis económica en el país de su exilio, acaba regresando a casa y es recibido con los brazos abiertos por el padre misericordioso que pasó su vida esperando el regreso de este granuja arrepentido para mayor desesperación del hermano leal y virtuoso que nunca se alejó de su hogar natal (*Lucas*, xv, 1-32). Generosos y egoístas, generosos o egoístas, los hijos que regresan pueden confiar en ser bienvenidos a casa. ¿Por qué todos estos héroes son varones, por qué se acentúa siempre la nostalgia como rasgo viril, por qué nunca es la mujer la que vive las aventuras y retorna al hogar? La acción guerrera es presentada como atributo del hombre; queda para la mujer la espera penelopiana¹⁰.

El exilio y la consiguiente nostalgia son universales. Vienen a colación sus dos presentaciones ibéricas: por una parte, la *añoranza* que, como nos recuerda Milan Kundera¹¹, proviene del verbo catalán *anyorar*, derivado del verbo latino *ignorare* (ignorar, no saber de algo). A la luz de esta etimología, la nostalgia se nos revela como el dolor de la ignorancia. “Estás lejos y no sé de ti. Mi país queda lejos y no sé de él”. Sí; pero la añoranza no es una vivencia imprevisible. Todo lo contrario, quien se va o planea irse vaticina el doloroso sentimiento de la lejanía de aquello que ama o, más simplemente, aquello a lo que está acostumbrado. Formula una incierta promesa cuando dice sinceramente: “Te voy a extrañar. Trataré, de todos modos, de estar cerca de ti. No me olvides y no te olvidaré. Habrá un tiempo para el regreso (*nostos*)”.

O —y también sucede cada día— uno *no* se distancia de algo o de alguien para protegerse por anticipado del sentimiento de la pérdida y la culpa, la desolación, el agujero en el estómago y la añoranza por el bien perdido o desdeñado. Que es, por supuesto y en el fondo, augurar el desprendimiento de objetos que forman parte de uno mismo y por los que debería afanarse en eso que tan propiamente Freud llamaba *Traumarbeit*, “trabajo de duelo”.

Eso, en lo que respecta a las fuentes españolas de Castilla y Cataluña. La otra especie, también en la península, en la que es imperioso detenerse, es la *saudade* portuguesa, tan propia de un pueblo de marinos, derivada del latín *solitudes* ‘soledad’ y contaminada semánticamente por la *saúde* ‘salud’ y el *saudar* ‘saludar’. La palabra lusitana está documentada en escritos que se remontan al año 1122 y es definida usualmente como “el sentimiento clave del alma portuguesa”¹². En 1606, décadas antes de Hofer y su invención del diagnóstico médico de nostalgia, desde Lisboa, se definía a la *saudade* como “El recuerdo de una cosa con el deseo de esa misma cosa” y en 1660 se vislumbraba que tenía una relación particular con lo que hoy llamamos *goce*: “*Bem que se padeçe y mal que se gosta*”¹³. La *saudade* es una de esas expresiones-madre, diría Goethe, que revelan una larga y misteriosa experiencia supra-individual y trans-temporal, la de la condición humana en su relación con la transitoriedad (*Vergänglichkeit* del diálogo de Freud y Rilke), la finitud y lo infinito en donde el presente se concibe como eternidad, encadenado al pasado (como memoria) y al futuro (como deseo). “*Saudade*” que aparece como tal en el diccionario de la lengua española y que proviene de ese pueblo y país que tiene como capital a Lisboa, de la que se comenta —y parece atinado— que el nombre deriva del latín *Olisiponia* en alusión a una leyenda según la cual el fundador fue el mentado Ulises¹⁴, emblema del aventurero nostálgico, que rechaza los favores de la vida confortable junto a Calipso para regresar, después de un interminable viaje marítimo, a su árida Ítaca donde le aguarda la envejecida Penélope. ¿Y no será también Ulises, podemos preguntar, el que deja restos de su nombre sobre esa *Lusitania* para la que se esgrime una raíz céltica no documentada que sería *Lus*? Hay otro matiz en la noción de *saudade* que hace brillar facetas insólitas para los enfoques de la filosofía, la literatura y el psicoanálisis, un matiz que falta (se añora) en las otras denominaciones lingüísticas de la nostalgia. La *saudade* del portugués no se sufre únicamente a la distancia; es también un difuso temor, una ansiedad, un sentimiento vivido como recóndita amenaza que sobrevuela la soledad del exilio. *Saudade* es la preocupación por el estallido catártico e incoercible del dolor acumulado que podría asaltar al sujeto si se cumpliera el deseo del retorno cuando se pasa de la oscuridad a la luz deslumbrante del país recobrado. La *saudade* incluye el temor de toparse con lo que nunca se dejó de saber: que las idealizaciones de la

12. Fernando Santoro, “*Saudade*”, en Barbara Cassin (dir.), *Vocabulaire Européen des Philosophies* (Paris: Seuil-Le Robert, 2004).

13. M. de Melo, en Cassin, *Vocabulaire Européen des Philosophies*, 1115.

14. Véase Santoro, “*Saudade*”, en Cassin, óp. cit.

distancia y del deseo incumplido han dado vivos colores a una realidad que no podrá ser sino decepcionante. Tiempo habrá para volver a las palabras del tango: “Tengo miedo del encuentro / con el pasado que vuelve / a enfrentarse con mi vida. / Tengo miedo de las noches / que pobladas de recuerdos / encadenan mi soñar”. Se puede gozar de la saudade y tener miedo de que se acabe. En ese plano la tradición, la psicología y la literatura son rebasadas y habrá que llamar a los filósofos y a los psicoanalistas. No nos privaremos de hacerlo.

De otra manera, en otros idiomas, es instructiva la búsqueda de los equivalentes anteriores al joven Hofer de la palabra “nostalgia”. Por ejemplo, cuando se recurre no al *Heimweh* alemán sino a lo que algunos consideran como su sinónimo, *Sehnsucht*, vocablo atestiguado en la historia de la lengua —¡qué casualidad!— en el mismo año que *saudade*, en 1122. *Sehnsucht* se traduce como “anhelo, deseo, aspiración”. Hagamos notar que son patentes las diferencias entre ambos vocablos alemanes aunque sus relaciones recíprocas sean estrechas. El *anhelo* se orienta de distinta manera con respecto al tiempo, apunta a un objeto futuro al que se quiere alcanzar y al que se considera posible encontrar en otro tiempo y lugar. El trabajador desempleado, sin quehacer, se aleja de su país y se dirige a una tierra de la promesa en virtud de un *Sehnsucht* que le permitirá transformar su penuria y la de sus allegados en ventura personal. En el nuevo país puede topar con la decepción de sus expectativas, descubrir que lo logrado no contrarresta la pena de la pérdida y es entonces cuando sufre el contragolpe de la *nostalgia*, un sentimiento triste que lo impulsa a regresar (*nostos*) o a buscar equivalentes del hogar (*Heim-weh*) que ha dejado atrás. La disyuntiva entre “nostalgia” y “anhelo”, aunque sutil, es notoria. Tanto como la distinción entre “pasado” (vivido como *Heimweh*) y “futuro” (un *Sehnsucht*), ambos ilusorios, objetos de la ficción y del fantasma, movidos por el deseo, aunque entre sí inconfundibles.

El trabajador migrante pasa por una situación diferente de la del perseguido político. Ambos se exilian y son sujetos de la nostalgia que hace presa de ellos. El primero, sin embargo, viaja animado por un anhelo (*Sehnsucht*) de “pro-greso” mientras que el otro espera el “re-greso” cuando la coyuntura le resulte favorable. Hay más: la clínica y la sociología muestran con frecuencia los rostros de los acompañantes: los mayores, por lo común los padres; los menores, habitualmente los hijos y, los coetáneos, generalmente los cónyuges. El lugar de acompañante es más de las mujeres que de los varones; ellas deben dejar espacios y relaciones esenciales para su continuidad vital, no van movidas por un ideal de “progreso” o búsqueda de “oportunidades” sino forzadas o presionadas por la decisión o la imposición del traslado. En tales casos, mientras que el exiliado puede desarrollar una vida “propia”, se acentúa la alienada dependencia de quien debe dejarlo todo y “seguir” por razones económicas, sentimentales o sociales

al primero. El acompañante, muchas veces involuntario, queda sin otra perspectiva ni anhelo que el del regreso a los paisajes y a las relaciones familiares o perspectivas laborales o educacionales a las que se ha debido renunciar de modo quizás definitivo. En estos exiliados adláteres la frecuencia de quejas y enfermedades es enorme, la hipocondría es moneda corriente, los conflictos entre el deportado que se ha exiliado por razones de fuerza o elección personal y los acompañantes son muy agudos y solo la integración profesional e institucional permite a estos últimos escapar al sentimiento de disolución física y espiritual. El amor y los vínculos familiares son sometidos a una dura prueba, los divorcios y separaciones son comunes, así como los conflictos generados por los viajes al país natal y por las visitas de los representantes del pasado en el nuevo ambiente. Un clásico del cine oriental y mundial, *Tokyo Monogatari (Historia de Tokio)* de Yasujiro Ozu (1953), puede ser ilustrativo de estas situaciones, tanto como los cada día más frecuentes casos de crisis que el psicoanalista debe atender en su práctica profesional. El *Sehnsucht* de uno que lo lleva a cruzar las fronteras de lo doméstico para ir en busca de lo foráneo es el precipitante del duelo (cuando no la melancolía) del otro. Se ilustra en estos casos la fuerza de la ambivalencia que prima en los lazos familiares (*heimliche*), esos que se llaman hogareños.

Nostalgia es el anhelo que mira hacia atrás, el de retornar al espacio natal. Las palabras sajonas *Heim* y *home* que forman parte de *Heimweh* y *homesickness*, términos corrientes que anticipan al más culto (¿cursi?) de *nostalgia*, incluyen esa referencia al *hogar*. Ya hemos anticipado pero no tardaremos en volver a las familias de palabras que usan la misma raíz aunque en diferentes lenguas: en alemán, *Heimat* (patria), *Heimkehr* (vuelta a casa), *heimlich* (familiar, íntimo, confidencial, sustraído a la mirada inquisitiva de los extraños), *geheim* (secreto, recóndito, furtivo, oculto), *Geheimnis* (secreto, sigilo) y, por supuesto, el freudiano *unheimliche* (inquietante, siniestro, ominoso, fatídico, definido como la manifestación visible de lo que debía permanecer secreto y oculto, como revelación intempestiva de un saber que debía permanecer reprimido). En inglés las asociaciones son contrastantes: *homely*, *homelily*, *homespun*, aportan, curiosamente, la idea de lo feo, grosero, tosco, “casero” en el sentido de descuidado y basto, eso secreto de los “trapos sucios” que no se lavan fuera de casa y deben permanecer recónditos, furtivos, clandestinos. Solo *homey* (doméstico, familiar) escapa a esas connotaciones peyorativas.

Conocedores de estos entresijos lingüísticos e históricos de la nostalgia, no supimos escapar a la sorpresa cuando topamos con la “nostalgia” y su definición filosófica en la traducción al español de un autor, Baruj de Spinoza, que estaba bien muerto cuando Hofer publicó sus tesis. Dice esa traducción: La nostalgia es el deseo o apetito de poseer una cosa, sustentado por el recuerdo de esa cosa y al mismo



tiempo reprimido por el recuerdo de otras cosas que excluyen la existencia de la cosa apetecida¹⁵.

La sorpresa que nos provocaba el concepto de Spinoza era doble. Por una parte, aparecía la palabra “nostalgia” a la que sabíamos inventada y promovida como objeto de pensamiento y entidad clínica unos cuantos años después. En segundo lugar, asomaban discretas resonancias freudianas en una fórmula donde, al parecer, ciertos recuerdos tienen la función de *reprimir* [sic], de bloquear, a un recuerdo primordial, uno que conlleva la imposibilidad del reencuentro con “la cosa apetecida”. Para reponernos de la sorpresa, imaginando una transgresión o una insuficiencia del traductor, nos remitimos al original en latín y allí leímos: “xxxii. *Desiderium est Cupiditas, sive Appetitus re aliqua potiundi, quae ejusdum rei memoria fovetur, simul aliarum rerum memoria, quae ejusdem rei appetendae existentiam secludunt, coercetur*”.

Es decir que en la versión en castellano se tradujo *desiderium* por *nostalgia*. Ahora bien, cuando se recurre al diccionario bilingüe latín - español, uno encuentra: *Desiderium*: 1) deseo, ansia, anhelo, 2) nostalgia, deseo del bien perdido o ausente, 3) persona que es objeto de nuestra nostalgia, 4) necesidad, 5) demanda. De modo que con el latín pasa lo mismo que con el alemán donde muchas veces (y sin error manifiesto) se traduce *Sehnsucht* como *nostalgia* aunque los conceptos a los que las palabras aluden, según vimos, disten de ser sinónimos. Ambos términos, *Heimweh* y *Sehnsucht* “se aproximan por el acento puesto en el sufrimiento del sujeto y por el aspecto vago e inmaterial —algo pasado o algo futuro— de aquello a lo que se aspira”¹⁶. Recalquemos: mientras que la *Sehnsucht* se orienta hacia lo deseado y a menudo apunta al porvenir más que al pasado, la nostalgia, sentimiento elegíaco, se manifiesta bajo la forma de pesadumbre.

Tampoco es del todo incorrecta la lectura del vocablo *coercetur* usado por Spinoza como “reprimido”. El mismo diccionario latín-español nos traduce: 1) encerrar, contener; 2) reprimir, refrenar (las pasiones); 3) castigar, corregir. El anticipado sabor freudiano de la definición spinozista del *desiderium* ‘reprimido’ parece justificado a la luz de la semántica de las palabras latinas. Hay que concluir que el lenguaje sabe desde antes que los sabios (Spinoza o Freud) aprendan a extraer de ellas sus más íntimos poderes de alusión, sus secretas resonancias. La lengua ya “sabe” que es por otros recuerdos, por otra memoria, inconsciente, que el deseo del nostálgico es reprimido. Spinoza fue capaz de “adivinarlo” y anticipar a Freud antes que el estudiante de Basilea inventase la palabra *nostalgia*¹⁷.

Puede que haya algo azaroso y hasta irónico en el hecho de que haya sido un suizo quien bautizase con un neologismo falsamente clásico a un sentimiento que siempre conocieron los humanos y, mejor que nadie, los que se lanzan a la aventura

15. Baruj Spinoza, *Ética al modo geométrico* (1670-1675) (México: FCE, 1958) y reediciones, traducción de O. Cohen.

Debo esta referencia a la estudiante Samantha Lizet Cortés (2007).

16. Véase Christian Helmreich, “*Sehnsucht*”, en Cassin, *Vocabulaire Européen des Philosophies*, 1123.

17. El entendimiento del *desiderium* en cuanto *nostalgia* es válido también cuando se considera la expresión *desiderium Dei* que aparece con alguna frecuencia en San Agustín. En su perspectiva neoplatónica, Dios estuvo presente en el alma desde antes del nacimiento, desde siempre: hay una reminiscencia de ese pasado. Por lo tanto ¿cómo no sería lógica, en ese sistema, la expresión *nostalgia de Dios*? En la doctrina cristiana, morir es reencontrarse con el Creador, poner fin al anhelo del regreso.

del mar, esa prisión sin muros. De esa “casualidad” que fue la tesis de Hofer, enclavada en Basilea, derivó la idea de que la nostalgia era una enfermedad particular de los helvéticos. Se creyó que así sucedía, sin cuestionar esa atribución nacional, hasta que un anciano de 74 años, Emmanuel Kant¹⁸, ajeno a la nostalgia por cuanto nunca se movió de su natal ciudad de Königsberg (Kaliningrado, hoy Rusia), en 1798, apuntó tres condiciones que refutaban la doctrina médica de entonces: 1) que la nostalgia no era peculiar de los suizos ni de los montañeses pues los nativos de las planas Westfalia o Pomerania podían caer víctimas del mal tanto como los que procedían del macizo alpino; cualquier paisaje nativo puede ser objeto de la añoranza, 2) que la gravedad del padecimiento es mayor en los indigentes que en los afortunados pues el país está allí donde uno se siente cómodo (*patria ubi bene*) y los ricos y los nobles llevan al país pegado a las suelas de sus zapatos (¿pensaría Kant en los aristócratas franceses que huyeron de la revolución jacobina?) y, 3) lo más importante, aquello que concierne a la naturaleza del bien que se extraña: para Kant lo perdido no es un país o un paisaje, unas costumbres o una música, una lengua o unas relaciones cercanas, un objeto nombrable; eso que reclama al nostálgico no es el lugar de su juventud sino su juventud misma. Su deseo no apunta a una entidad física que podría recuperar, sino a un tiempo perdido para siempre jamás. El pesar del nostálgico no corresponde al espacio abandonado pero geográficamente persistente, sino al tiempo, que es irreversible en su andar. Más de cien años después Proust se empeñaría en recobrar ese tiempo perdido, justo en esos años belicosos en que Freud decía que entre las pérdidas psíquicas que motivaban estados de duelo (*Trauer, mourning*), se debían distinguir las referidas al objeto (objetales) y las referidas al yo (narcisistas) y afirmaba que son estas últimas las que dan origen a la condición más grave, la melancolía, hermana de la locura. Para Kant la nostalgia era incurable, pues aunque se volviese al país por el que se suspiraba (*nostos-algos*), el yo que ahí vivió no podía ser reencontrado por el personaje que retorna. Los exiliados lo sabemos bien: sí, y cuando volvemos... no somos los que nos fuimos pues no hay identidad entre el que se va y el que vuelve, el tiempo personal es irreversible. Peor aún: tampoco el país es el mismo con excepción de los inertes significantes que dejan de significar: el nombre del país, los símbolos patrios y el atlas de geografía. El terreno cambia a medida que cambian los ojos que lo miran. Por la sorda y sórdida inclemencia del tiempo nunca volvemos al lugar del que nos fuimos. El duelo subsiguiente no es un trabajo que acaba felizmente con la sustitución del país perdido por uno nuevo. Antes bien, se pide del exiliado, más o menos nostálgico, más o menos apesadumbrado o melancólico, que acepte atravesar por una ambigua metamorfosis de su ser: habrá de ser el mismo que fue puesto que conserva el nombre y el pasaporte, y ser al mismo tiempo otro, capaz de aceptar los cambios históricos del



18. Emmanuel Kant, *Anthropologie d'un point de vue pragmatique* (1724-1804). Véase también Michel Foucault, *Introduction à l'Anthropologie* (1959-1960) (Paris: Vrin, 2008), 132-133.

periodo transcurrido entre el exilio y el retorno —¿quién podría adelantar cuál será el resultado final de ese proceso? El exilio es un momento (“traumático”) de ruptura que puede atemperarse por la esperanza de un futuro más compasivo, que puede dar oportunidad para alumbrar nuevas esperanzas, que puede activar las fantasías de un mejor futuro, que puede permitir que se fijen otras metas para el anhelo (*Sehnsucht*). Que puede desembocar en otras cárceles— con o sin rejas.

La nostalgia, después de haberse estacionado durante los siglos XVIII y XIX en los tratados de medicina, pasó a la literatura como un tópico romántico que, de tanto usarse, se devaluó, a punto tal que no faltó quien dijera que la nostalgia es a la memoria lo que el *kitsch* es al arte, una forma de la cursilería, a pesar de Joseph von Eichendorff: *Heimweh*, 1808 (y la bella melodía compuesta por Hugo Wolf para los versos del poeta romántico)¹⁹

Quien quiera viajar al exterior debe irse con su amada
Los otros, en su alegría, dejan solo al extranjero
¿Qué sabéis vosotras, oscuras sombras,
de los días felices que ahora son pasado?

a pesar de Baudelaire: *Moesta et errabunda* en *Las flores del mal* (1857)²⁰

¡Qué lejos estás, paraíso perfumado, / Donde bajo un celeste azul todo es amor y alegría, / Donde todo lo que uno ama es digno de ser amado, / Donde, en la pura voluptuosidad, se hunde el corazón! / ¡Qué lejos estás, paraíso perfumado!

Pero el verde paraíso de los amores infantiles / El inocente paraíso pleno de placeres furtivos / ¿Es ya más remoto que China o la India? / ¿Puede uno conjurarlo con gritos lastimeros / O reavivarlo con una canción cristalina / Ese paraíso inocente pleno de placeres furtivos?

a pesar de la excelsa cursilería del tango de Le Pera cantado por Carlos Gardel (1930):

Yo adivino el parpadeo / de las luces que a lo lejos / van marcando mi retorno. / Son las mismas que alumbraron / con sus pálidos reflejos / hondas horas de dolor. / Y aunque no quise el regreso / siempre se vuelve / al primer amor. / La quieta calle / donde el eco dijo: / Tuya es mi vida, / Tuyo es mi querer. / Bajo el burlón mirar / de las estrellas / que con indiferencia / hoy me ven volver.

Volver / con la frente marchita / las nieves del tiempo platearon mi sien. Sentir / que es un soplo la vida. / Que veinte años no es nada, / que febril la mirada / errante en las sombras / te busca y te nombra. Tengo miedo del encuentro / con el pasado que vuelve / a enfrentarse con mi vida.

19. Joseph von Eichendorff, “Heimweh” (1808), en *Poesías - Gedichte* (Barcelona: Bosch, 1981), 108. Traducción del autor.

20. Charles Baudelaire, “Moesta et errabunda”, en *Les fleurs du mal* (Paris: Gallimard, 1961), 80-81. Traducción del autor.

a pesar del panegírico de la nostalgia que debemos a E. M. Cioran y su *Tratado de descomposición* (1949)²¹

Toda nostalgia es una superación del presente. Aún bajo la forma del lamento, tiene un carácter dinámico: uno quiere forzar al pasado, actuar retroactivamente, protestar contra lo irreversible. La vida sólo tiene contenido en la violación del tiempo. La obsesión del más allá es la imposibilidad del instante y esta imposibilidad es la nostalgia misma.

Una mirada superficial sobre la nostalgia en la actualidad puede hacernos pensar que la nostalgia es un padecimiento demodé, que pertenece a la historia, que su nocividad se ha reducido y, quizás, que hasta podríamos sentir nostalgia de la nostalgia. ¿Por qué? Por el progreso tecnológico, claro está. La globalización hace que tanto la música como los dialectos, los ingredientes de la comida y los modos de preparar los platos típicos, la facilidad y la democratización del viaje fulgurante a las regiones más remotas, la comunicación inmediata por vía satelital de la voz y de la imagen, en síntesis, la anulación de las restricciones impuestas por el tiempo y el espacio, estén al alcance de quienes antes hubiesen sido nostálgicos y hoy son voraces consumidores de pasajes aéreos y *souvenirs*. Podría creerse que ya no hay razones para sostener, como Kant, que la nostalgia es una enfermedad de los pobres pues la técnica ha hecho posible para muchos (aunque no para todos) lo que parecía ser un privilegio de los ricos: tener lo sustancial del país al alcance de las manos. Sin embargo, no es así; por el contrario, siguen vigentes dos formas de la nostalgia, quizás las más severas. Por una parte, recordemos que Kant señalaba que lo perdido no era un país sino un tiempo pasado, el de la juventud, que se aleja a medida que los años pasan y, por la otra, la tecnología no hace sino realzar la nostalgia referida a las personas que han muerto y los amores traicionados, los fantasmas cuya ausencia no se puede elaborar en el duelo y que continúan secuestrando la vida del superviviente bajo la forma enquistada, encriptada, de una memoria tan fallida, tan fallida... que es impermeable al olvido. Nostalgia por las pérdidas irreversibles, en última instancia, por aquello de lo que no hay recuerdo: un claustro materno que fue la residencia primera, anterior al corte del cordón umbilical y a la entrada en el lenguaje. La nostalgia es un singular estilo del goce del recuerdo doloroso y del apego al traumatismo o *traumatofilia*.

Ahora podemos atrevernos a traducir esa noción con estas palabras: *el amor apasionado por una ausencia*, para dar así a entender con un equívoco, que el objeto que se extraña no es solo el que está ausente sino que el objeto amado es también y muy especialmente la ausencia misma.

De todos modos, la realidad clínica de la nostalgia persiste y hasta se acentúa en la actualidad; sigue siendo acuciante a pesar de su desaparición de los manuales

21. Émil Michel Cioran, *Breviario de podredumbre* (Madrid: Taurus, 1997), 67.

psiquiátricos. La *morriña*, el *cafard*, las *saudades*, son manifestaciones subjetivas que fácilmente rebasan al vulgar sentimiento de extrañar un paisaje o unos seres queridos y ausentes. Los psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos, los que atendemos a trabajadores extranjeros, a estudiantes que cambian de país y de idioma y a exiliados, constatamos con frecuencia casos en los que la descompensación psicótica sigue de cerca a la mudanza. Hay una auténtica “patología del desarraigo”. Ante un Otro radicalmente extraño, que usa palabras de una lengua que no se alcanza a entender y que no entiende lo que se le dice, que reconoce y discrimina al extranjero en cuanto percibe el acento de su voz, el sujeto retorna a una realidad interior y anterior, la que debió abandonar, para alarma de quienes lo rodean. Muchos clínicos hemos tratado casos que siguen, a más de tres siglos de distancia, el recorrido indicado por Hofer, casos donde, después de la internación en hospicios y la impregnación con neurolépticos, solo el retorno al país procura una estabilización y una recuperación de los parámetros “normales” que permiten evitar la muerte del sujeto, la muerte en sentido metafórico y en sentido real.

Es fácil entender que la lengua, el país, las relaciones familiares, sentimentales y amorosas, las costumbres y los hábitos, los paisajes sensoriales, constituyen verdaderas “chavetas”, dispositivos de seguridad que mantienen al sujeto enlazado a lo simbólico, lo real y lo imaginario. Al soltarse las referencias de identidad que esos elementos representan, el paciente ve desbaratarse su consistencia personal; el mundo entero se vuelve extraño como un país extranjero en el que es él quien se ha perdido. La nostalgia es un sentimiento de reacción frente al destierro y el exilio, es decir, frente al atravesamiento de *los límites*, no necesariamente los geográficos, entre el propio país y el extranjero, tal como puede sentirla el campesino en la ciudad o el habitante de la metrópolis en provincia, el amante desconsolado por la infidelidad o la muerte del amado, el músico sordo, el trabajador despedido que debe pasar los lunes al sol, el habitante de la ciudad bombardeada. Nada extraño tiene, pues, que el sujeto, al distanciarse del suelo que siempre pisó sea un caso que la manía clasificatoria de los psiquiatras llama *borderline*, alguien que fácilmente pasa de un lado a otro en la barrera que separa la cordura de la locura, los dos países con fronteras inestables en donde habitamos los humanos. El *estado límite* no es una categoría diagnóstica, es un momento transitorio en la existencia de alguien que ha perdido o que ve vacilar sus puntos de referencia. Hemos colegido que esas *chavetas* que, cuando se pierden, hacen del sujeto un “loco”, un extranjero anhelante de volver al país de origen, son, en esencia, tres: a) el *Nombre-del-Padre* que permite su inserción en lo *simbólico* por la vía del nombre propio; b) la imagen de sí mismo como cuerpo, es decir, el *ego* (lacaniano) que lo engrana en lo *imaginario*, y c) el *sinthoma* que puede ser el arte, un

partenaire, su país, un *hobby*, la chifladura particular de alguien, el psicoanalista, la lengua o cualquier otro aspecto de su existencia singular que lo conecta con lo *real* de sus pulsiones. Las formas severas de la nostalgia tienen, pues, una realidad clínica y los psiquiatras que descienden darwinianamente del DSM-IV, hoy V, acostumbran a diagnosticarlas como casos *borderline*. Y los psicoanalistas ¿qué pensamos de ellas? Ya hemos ido anticipando una respuesta: la nostalgia, con sus diferentes grados de intensidad, es la contrapartida del traumatismo, su otro polo, su complemento. Y eso, el desarraigo inherente a la condición humana, es una sentencia que se pronuncia y se arrastra desde el fatal momento de nacer. Es “la naturaleza de las cosas”.

¿Y qué había antes de nacer? ¿La vida? No; no la vida, la no vida, la muerte, la muerte que precede al tiempo fugaz de la vida, el único que es nuestro, ese lapso (caída) que será luego seguido por otra e inacabable muerte. Entre dos eternidades de la muerte transcurre una efímera existencia en ciertas coordenadas espaciales que se consideran como país propio, diferente del extranjero. El tema angustiaba a Tolstói y a Nabokov según vimos en *Memoria y espanto O...* Es porque la muerte precede a la vida que la nostalgia es, en primera y última instancia, nostalgia de la existencia anterior. Justamente ese es el título de uno de los más intensos poemas mexicanos, *Nostalgia de la muerte*, de Xavier Villaurrutia²², para quien, en el decir convergente y fascinado de Octavio Paz:

La afortunada imagen que da título a (su) libro... es algo más que un acierto verbal. Con él, Villaurrutia quiere señalarnos la significación última de su poesía. La muerte como nostalgia y no como fruto o fin de la vida, equivale a afirmar que no venimos de la vida, sino de la muerte. Lo antiguo y original, la entraña materna, es la huesa y no la matriz. Esta aseveración corre el riesgo de parecer una vana paradoja o la reiteración de un viejo lugar común: todos somos polvo y vamos al polvo. Creo, pues, que el poeta desea encontrar en la muerte (que es, en efecto, nuestro origen) una revelación que la vida temporal no le ha dado: la de la verdadera vida. Al morir “la aguja del instantero / recorrerá su cuadrante / todo cabrá en un instante / y será posible acaso / vivir, aun después de muerto”. Regresar a la muerte original será volver a la vida de antes de la vida, a la vida de antes de la muerte: al limbo, a la entraña materna.²³

El poeta (Villaurrutia, así como Diego Rivera en La Alameda) se veía acompañado en todo momento por la muerte, una muerte provisional, desgarradora, oscura, un persistente e inseparable telón de fondo, “como si mi muerte particular estuviera esperando una fecha, un instante que sólo ella conoce”. Esta compañera pertinaz de su errancia es “lo único que no le pueden quitar al hombre; le pueden quitar la fortuna,



22. Xavier Villaurrutia, *Nostalgia de la muerte* (Buenos Aires: Sur, 1938).

23. Octavio Paz, “El laberinto de la soledad” [1950], en *El peregrino en su patria. Historia y política de México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), 51.

la vida, la ilusión, pero la muerte ¿quién se la va a quitar?” Si a la muerte la llevamos siempre dentro y viaja con nosotros, si esa enfermedad que llamamos nostalgia “se nutre precisamente del lugar en que se está y del lugar que se abandona”²⁴.

Retengamos la idea de Villaurrutia, pues valdrá para introducirnos en el pensamiento freudiano: la nostalgia nos instiga a alcanzar un estado de indiferenciación, de Nirvana, de inercia, que es equivalente a la muerte. Así, la muerte no es nuestro futuro sino nuestro pasado. El fin último de la pulsión es, dirá Freud después de 1920, el de retornar a lo inanimado. Es porque el camino regresivo está cerrado y no se puede regresar al pasado, que la pulsión se ve obligada a impulsar al ser siempre hacia delante, a dejar trazas de su deambular, es decir, a escribir. No hay un paraíso para recuperar sino una vida —y una muerte— por construir: arañando la tierra, levantando rascacielos, enviando naves fuera de la atmósfera, pintando muros, trazando fronteras, poblando y despoblando, en síntesis, escribiendo e imprimiendo pasos, letras y golpes de remo. Lo único que podemos proponernos es seguir nuestro propio camino hacia la muerte, cosa que de todos modos haremos, aun sin que nos lo propongamos. En el futuro está encerrado el pasado, ese pasado del que un traumatismo inexorable nos arrancó empujándonos a respirar. El ser es el resultado de tres sucesivas pérdidas traumáticas: en lo real, en lo imaginario y en lo simbólico. *Traumatismes, troismatismes, tropmatismes*. Para el ser hablante, que solo puede sobrevivir por medio de intercambios simbólicos, es casi imposible regresar a una fase anterior al lenguaje. Casi: el coma, el Alzheimer y las otras, encubiertas, formas de *muerte cerebral* muestran que hay un camino que lleva hacia atrás, al cumplimiento absoluto de la meta nostálgica. Podría ser esa la razón para que tantos humanos busquen los estados de supresión de la conciencia, la embriaguez tóxica, la anulación del deseo (*Sehnsucht, Wunsch*) que impele hacia delante. Retirarse de los circuitos de la dicción entrando en la a-dicción²⁵ sería la manifestación clínica de la nostalgia. El misticismo en sus distintas variantes puede verse como el predominio de la nostalgia sobre el deseo. Si así fuese, dos serían los caminos reales para llegar a la muerte: el progresivo y el regresivo.

24. Xavier Villaurrutia, *Cartas de Villaurrutia a Novo*, prólogo de Salvador Novo (México: INBA, 1966). Referencia tomada de una excelente monografía de V. Castro. Disponible en: http://www.wikilearning.com/monografia/la_aventura_poetica_de_xavier_villaurrutia-bibliografia/18497-7

25. Néstor A. Braunstein, *El goce. Un concepto lacaniano* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006), 278-287.

BIBLIOGRAFÍA

BAUDELAIRE, CHARLES. “Moesta et errabunda”. En *Les fleurs du mal*. Paris: Gallimard, 1961.
BLANCHOT, MAURICE. *L'écriture du desastre*. Paris: Gallimard, 1976.
BOLZINGER, ANDRÉ. *Histoire de la nostalgie*. Paris: Campagne Prenière, 2007.

BORGES, JORGE LUIS. “Prólogos con un prólogo de prólogos” (1962). En *Obras completas*. vol. IV. Buenos Aires: Emecé, 1996.
BRAUNSTEIN, NÉSTOR. *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

- BRAUNSTEIN, NÉSTOR. *La memoria, la inventora*. México: Siglo XXI, 2008.
- BRAUNSTEIN, NÉSTOR. *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*. México. Siglo XXI, 2008.
- BRAUNSTEIN, NÉSTOR. "Diálogo sobre la nostalgia en psicoanálisis". *Desde el Jardín de Freud* 11 (2011): 51-66.
- BRAUNSTEIN, NÉSTOR. *La memoria del uno y la memoria del Otro. Inconsciente e historia*. México: Siglo XXI, 2012.
- CASSIN, BARBARA (DIR.). *Vocabulaire européen des philosophies*. Paris: Seuil-Le Robert, 2004.
- CIORAN, ÉMIL MICHEL. *Breviario de podredumbre*. Madrid: Taurus, 1997.
- EICHENDORFF, JOSEPH VON. "Heimweh" (1808). En *Poesías - Gedichte*. Barcelona: Bosch, 1981.
- DANTE. "Canto Primero, Infierno". En *Divina Comedia*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1977.
- FOUCAULT, MICHEL. *Introduction á l'Anthropologie (1959-1960)*. Paris: Vrin, 2008.
- HELMREICH, CHRISTIAN. "Sehnsucht". En Barbara Cassin. *Vocabulaire Européen des Philosophies*. Paris: Seuil-Le Robert, 2004.
- KANT, EMMANUEL. *Anthropologie d'un point de vue pragmatique (1724-1804)*.
- KUNDERA, MILAN. *El libro de la risa y el olvido*. Barcelona: Seix Barral, 1993.
- KUNDERA, MILAN. *La ignorancia*. México: Tusquets, 2000.
- MATAMORO, BLAS. "Una teoría del héroe". En Néstor Braunstein. *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. México: Siglo XXI, 1982.
- PAZ, OCTAVIO. "El laberinto de la soledad" [1950]. En *El peregrino en su patria. Historia y política de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- PUEL, J. A. Tesis de medicina [1822]. En André Bolzinger. *Histoire de la nostalgie*. Paris: Campagne Prenière, 2007.
- SANTORO, FERNANDO. "Saudade". En Barbara Cassin (dir.). *Vocabulaire Européen des Philosophies*. Paris: Seuil-Le Robert, 2004.
- SPINOZA, BARUJ. *Ética al modo geométrico (1670-1675)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958. Traducción de O. Cohen.
- VILLARRUTIA, XAVIER. *Cartas de Villaurrutia a Novo*. Prólogo de Salvador Novo. México: INBA, 1966.
- VILLARRUTIA, XAVIER. *Nostalgia de la muerte*. Buenos Aires: Sur, 1938.



© Lorenzo Jaramillo. *Dibujos Royal Academy*. Lápiz sobre papel. 1987. 24 x 32 cm.